



ESPECIAL JÓVENES



¡¡¡ ESTAS FIESTAS DE NAVIDAD!!!

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 12, 29 de diciembre de 2013

Tenemos que **celebrar en familia** el Nacimiento del Niño Jesús, en un ambiente de paz, humildad y sencillez, motivados por el sentido profundo de lo que significa **UN HOGAR**, ya que a través de él contemplamos a María, José y el Niño en el Pesebre, que preside los Nacimientos o Belenes que se exponen en estas fechas en todo el mundo católico, **símbolo de la Sagrada Familia**.

El Belén es el símbolo más hermoso de la Navidad. Preparar el Nacimiento, presidido por el Pesebre es una tradición que vivimos año tras año. Fue **San Francisco de Asís** quien popularizó la costumbre de preparar un Nacimiento con su pesebre. En su viaje a Belén, en el año 1220, quedó asombrado por la manera en que se celebraba allí la Navidad.

Cuando regreso a Italia pidió autorización al Papa Honorio III para representar el nacimiento de Jesús con un nacimiento viviente. A partir de ese momento, la tradición se extendió por Europa y luego paso al resto del mundo. Hoy en día la construcción y exhibición de nacimientos forma parte del ambiente navideño, especialmente en la tradición católica.

En la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, se prepara anualmente un nacimiento de tamaño natural. Así también sucede **en la mayoría de nuestras parroquias donde es habitual que se construya un belén, así como en muchos de nuestros hogares**. En el nacimiento vemos la imagen del nacimiento de Jesús. Él, siendo Rey y Señor de la historia, nació en un humilde pesebre, rodeado de algunos animales.

Entonces es cuando más claramente nos damos cuenta del valor que tiene la familia, la evocamos con añoranza al contemplar el símbolo de la Navidad, El Pesebre, como centro del nacimiento, **donde se presenta la Sagrada Familia, modelo y ejemplo de toda familia. Se trata de un llamado a la unión familiar, a vivir en unidad del calor del hogar**.

El Belén es la representación del hogar, allí donde nacemos, crecemos y compartimos como una familia. A través de este símbolo, sacado de la vida real de Jesús, se nos enseña que sin familia **HAY SOLEDAD** y **que el esfuerzo mayor de cada ser humano debe tender a crear las bases para vivir en un grupo familiar donde reine el amor**.

Algo característico de la Navidad es el entusiasmo. La Navidad es una fiesta familiar que se vive en armonía. Es el cumpleaños de Jesús y Él quiere celebrarlo con nosotros, por eso estamos más dispuestos a abrirle el corazón, convencidos de que cuando estamos a bien con Jesús, con nuestra conciencia tranquila, Él está dentro de nosotros reina el amor, la paz, la alegría y la esperanza.

Compartamos con los demás esa alegría que llevamos dentro. Aprendamos también de la humildad, que evoca el Belén, a ser también nosotros humildes y

sencillos. Es un valor muy hermoso que debe acompañarnos siempre en la vida. ¡Practiquemos la humildad al estilo de Jesús!



No viene un Dios desconocido destinado para unos pocos -¡un grupo de selectos!- dotados de cualidades intelectuales y morales excepcionales. ¡No! Lo que aconteció en Nazareth de Galilea y en Belén de Judá **era el inicio irreversible y victorioso de una época nueva para el hombre y su futuro**, la época de la verdadera alegría que nadie podrá arrebatar ya al hombre que se convierte a Él y le acoge; también nosotros, los hombres y la sociedad de hoy, afanados entre dificultades, problemas de los más variados, temores e incertidumbres.

También importa sobremanera **que no nos reduzcamos a la forma meramente externa y superficial de una fiesta mundana más**. No es posible disponerse a celebrar la Navidad **con alegría desbordante si nuestra conciencia** no se propone hacer eficazmente visible la señal distintiva del comportamiento cristiano por excelencia: **el marcado y animado por el amor al prójimo**.

¿Es posible alcanzar la alegría en Navidad? Depende. Si lo que pretendemos es llenar unos días de fiestas en el calendario en curso, con algunos alicientes para alegrar algo nuestra vida (comida, bebidas, regalos, desenfado...), tal vez tengamos una cierta frustración al final de esas fiestas, y vacío en el corazón.

La alegría llega a nosotros cuando salimos de nosotros mismos, porque sabemos que **ALGUIEN** nos ha encontrado; para ello es preciso que ese Alguien haya venido y recorrido la distancia entre lo más grande y nuestra pequeñez; la distancia entre nuestras constantes frustraciones y anhelos no logrados y la plenitud que intuimos nos da Él. Entonces sí que es posible alegrarse y vivir con sencillez todo lo que la Navidad encierra: **la ternura, el bullicio, algunos regalos, el cantar juntos villancicos, desear la buena Navidad, acercarse a aquellos de los que estábamos alejados, y compartir...**

¿En qué consiste esa alegría que pedimos, y que Dios quiere concedernos? Ciertamente, no viene de lo que uno come, de lo que uno bebe o de lo que uno se divierte, o de lo que uno se compra para tener algo más. Si miramos al portal de Belén, veremos que **el Hijo de Dios** ha venido en la más absoluta pobreza. Allí no hubo ni cenas, ni regalos, ni bulla. Allí hubo mucho amor por parte de su madre María y por parte de José.

Viene el Señor a sanar todas esas heridas, a curarlas acercándose a cada uno de nosotros con amor, a devolvernos la amistad con Dios, haciéndonos hijos, a restaurar nuestras relaciones humanas.

Cristiano de verdad es el que espera la venida del Señor, el que desea ese encuentro creciente con el amor de su alma. La alegría es auténtica, interior y además esperanzada, una alegría que el mundo no puede dar, porque la alegría interior verdadera viene de **Jesucristo**, porque Él es amor total hacia cada uno de nosotros, es promesa de vida eterna y además Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

Por eso, qué alegría tan pasajera y limitada puede darse en las Fiestas de Navidad, sin Jesucristo, ya que al faltar la esperanza auténtica, trascendente, superior, puede faltar el sentido de la vida y estos valores interiorizados y vividos sólo puede darlos la fe en Dios.